PARTICIÓN – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO DEL RECUERDO TENAZ

La vieja, doña Edelmira, sonrió una vez más, calladamente. No sé qué tenía su sonrisa, pegada a los labios delgados, apretada contra los dientes amarillos, que llenaba el ambiente de una miserable melancolía. Era como si una racha de viento frío soplara en la noche, estremeciendo las carnes desvestidas. Algo extraño, casi sobrenatural, fuera del corriente comercio humano, había en la sonrisa aquella de la anciana. O sería, después de todo, sino tristeza, nada más de tristeza, como extractada a lo largo de una existencia que flagelaron todos los dolores concebibles.

En sus días remotos, doña Edelmira había sufrido todo: hambres, sedes, fatigas físicas sin cuento; había padecido bajo la pobreza tremenda, sin esperanzas; había pagado tributos a la muerte, arrancándolos de sus entrañas fecundas:

--- ¡Seis hijos! Seis hijos se me murieron en esa época, cuando levantábamos la hacienda. Cinco están ahí, enterrados uno junto a otro, como buenos hermanos, en el cementerio del pueblo. El sexto… No sé, de veras, si se me murió, o si lo perdí, no más… Se lo comería los perros, quizás… O los tigrillos…

Lloraba con apagado sollozo. Una cosa espantosa… Por entonces, con el marido, habitaba en la montaña, cortando madera. Quedó cierta vez el crió de pechos solo en la tienda de campaña. No fue hallado a la vuelta. No fue habido más. Y era penoso comprobar que esta vieja madre desventurada, tras cuarenta años corridos desde la tragedia, en ocasiones soñara vagamente con la posibilidad de encontrar al hijo chiquitín o, siquiera, alguna huella de su fin fabuloso. Era angustiosamente risible.

--- ¡Doña Edelmira!

--- ¡Señor!

--- ¿En que piensa?

--- En nada… en nada… Se llamaba Miguel, ¿sabe? Y era gordo como una bolita… Ojos claros…

De nuevo la sonrisa aquella que me daba miedo.

Yo procuré, como de costumbre, distraerla, alejarla de ese campo erial de malos recuerdos, volverla al hoy pasajero, mejor por eso que el pasado inconmovible.

--- Pues, viniendo a nuestro asunto…

--- Ya conoce mi deseo, señor. No cambiare de parecer. Que mi cuñado tome la isla; yo me quedaré con esto.

--- Pero ¡doña Edelmira!

--- No hay pero que valga, amigo mío. Nada obtendrá con discutir. Vea: mi resolución…, ¿cómo se dice?..., inquebrantable.

--- Sin embargo, considere que… Yo intervenía como amistoso partidor de la herencia dejada por don Saúl Castro, marido que fue de doña Edelmira. Eran a sucederlo la viuda y un hermano del difunto, don David. Estos Castros, de Baba, fueron siempre gente al viejo modo montubio: honrados, generosos, despendidos, respetuosos de la ultima voluntad de sus parientes; y, en este caso, había todavía la circunstancia de que doña Edelmira era Castro, también, prima del muerto. Por eso, cuando yo fui a ponerme de acuerdo con don David para la división de los bienes, me preguntó:

--- Bueno, ¿y qué mandó Saúl? ¿Hizo testamento?

--- No quiso hacerlo. Dijo que no había necesidad.

--- ¡Ah! Entonces, que resuelva Edelmira.

--- Ella manifestaba que una vez le ordenó don Saúl que, cuando él muriera, ella tomara el ganado y una de las haciendas, y que la otra hacienda, el casco no más, sin ganado, sería para usted… Pero la ley… La ley acaso lo favorezca…

Soltó don David:

--- ¿Qué Me importa lo que diga la ley? Lo que me importa es lo que dijo Saúl. Así hay que hacer, como él quiso. Que mi prima escoja la hacienda que le acomode: la isla o la Flor Bella. Ni las conozco bien. Eso es todo, señor.

Realmente, me asombré. El gesto de don David me conmovía tanto más cuando que él era un hombre pobre, ya maduro y cargado de familia, que a duras penas conseguía ir viviendo. No le di mérito a su actitud, sin embargo, ante doña Edelmira. Temí que, por su parte, la anciana correspondía a esa generosidad y se crearan dificultades. Además, pensé en las innumerables sobrinas que viven a costa de ella, y con una de las cuales mi hijo mayor va a casarse. Me parecía que había que defender a doña Edelmira de su propia nobleza de alma.

Habitaba tan distante don David de su prima, que no había cuidado de que entrevistaran alguna vez. Así, le expresé a esta:

--- Dijo don David que haga lo que a usted le parezca.

--- ¿Si?

--- Sí; no demuestra que haga afusia de la herencia de su hermano.

--- ¡Ah!

Y contra lo calculado, doña Edelmira escogió Flor Bella. La Flor Bella es más extensa que la isla; pero el terreno de esta de aluvión todo él, es infinitamente superior al de aquella, casi de altura, y donde ya solo mediante esfuerzos costosísimos produce el café. Doña Edelmira no ignoraba estos particulares.

--- Hasta la casa de la hacienda de la isla es mejor que esta de la Flor Bella, doña Edelmira, fíjese.

--- Ajá

Repetía mis argumentos:

--- En esa casa de la isla murió don Saúl. Guarda muchos recuerdos para usted.

--- Ajá

--- Está en los términos de Baba, cerca del pueblo. En el cementerio del pueblo están enterrados cinco hijos suyos.

--- Así es.

--- Bueno, ¿y entonces? ¿Por qué escoge la Flor Bella? ¿Quiere beneficiar a su cuñado, que tan poco cariño siente por donde Saúl cuando ni se preocupaba de sus bienes?

--- Reconozco que obré poco decentemente al echar sombras sobre don David, pero así son las cosas…

--- Sea como sea, amigo mío, yo me quedo con la Flor Bella.

--- Pero ¿por qué? Digame siquiera el porqué.

Tanto insistí que al fin me lo dijo. Fue esa noche a que me refiero me hizo asomar con ella a la ventana. Entonces habló:

--- Sé que aquí estoy lejos de mi tierra. Que esta hacienda no produce nada bien, ni piedras. Que la casa de la isla es para mí una reliquia; allí murió Saúl, que en el cementerio de Baba… Sé todo lo que usted dice; pero…

Señaló al campo lejano:

--- ¡Mire! No; mejor, no. Desde aquí lo veo yo; pero, ¿para qué ha de verlo usted?... Hay allá, por el río, un matapalo blanco. Al pie de ese árbol estuvo muchos años atrás un cobertizo… La primera vez que me besó Saúl fue en ese lugar…

Sopló el viento helado que era la sonrisa de doña Edelmira.

Algo como esto, sin tanta bambolla literaria, nos contó en la ría de Pimocha, cierta tarde, en la toldilla de una lancha, entre vasos de cerveza, don Simón Ugarte, sabio en letra colorada, tinterillo de malas antes, pero, a pesar de todo, según él, hombre de buena fe.